

Querer a la patria

En la Encuesta Bicentenario, la aceptación calificada de la inmigración desmiente la impresión de que somos tan xenófobos. Otra cosa es que seamos, a veces, tan provincianos.

“El pueblo amando la patria, / y tan mal correspondido”. Versos dolidos y quemantes, surgidos de la voz de Violeta Parra hace más de cuatro décadas. Una compositora cantante auténticamente de “protesta”, antes de que esta vertiente se transformara en una moda más. Es una imagen que hay que tener presente ante la reciente Encuesta Bicentenario.

Entregó un cuadro matizado, en general optimista acerca del estado de ánimo de chilenas y chilenos. Parece confirmar a aquellos observadores internacionales que hablan del “modelo chileno”. No hay que mirar desaprensivamente las cifras, como si fueran realidades construidas para siempre. Sabemos, también, que las respuestas dependen en gran medida de la pregunta, lo que llama doblemente a no confundir una foto con una película. Al revés, en momentos de depresión del estado de ánimo de un pueblo —que los hay muchos—, las respuestas a ciertas preguntas podrían entregar un retrato engañoso, por lo exagerado, acerca de la pesadilla que vivirían hombres y mujeres.

Con todo, el resultado de esta



Por
Joaquín
Fermandois

encuesta es refrescante en un doble sentido. Depende de quién se viva cerca. A algunos nos toca escuchar los presagios más oscuros acerca de los pecados de nuestra época, de los que Chile sería un ejemplo, y la construcción estaría a punto de desplomarse en medio de sufrimientos apocalípticos. Este fenómeno es fuerte en algunas instituciones académicas, intelectuales y culturales, y en fundaciones internacionales que no aceptan que en Chile haya pasado nada bueno. Habría sido funcional a esta perspectiva que la encuesta afirmara que todos estaban felices.

Se diría que estamos alienados “por la globalización”. No fue así. Las respuestas son heterogéneas, con la diferenciación propia de una situación histórica concreta. Junto a un nacionalismo en algunos sentidos estrecho, se da también el deseo de integración con el mundo y la disposición a emigrar, si se abren posibilidades mejores en el exterior.

Los sectores populares, en primer lugar, admiran a EE.UU., Brasil y Argentina. Es todo un desmentido a los patrones fáciles de división “Norte-Sur”, y esas preferencias no pueden interpretarse con simpleza como equivocadas.

También, la aceptación calificada de la inmigración desmiente la impresión de que somos tan xenófobos (otra cosa es que seamos, a veces, tan provincianos).

Asimismo, en la base de la pirámide social, es decir, en el mundo popular, es donde se percibe el patriotismo más arraigado. Contrasta con lo que encontramos a menudo en grupos de elite, social o culturalmente hablando, donde es chic mostrar bochorno por toda manifestación de apego al suelo nutricional.

En cambio, puede ser amor doloroso, como lo trazaba Violeta, que muestra una relación verdadera entre nosotros y el terruño natal. Que nunca puede ser ni de pura entrega gozosa, admiración delirante o jactancia de superioridad, ni de desencanto, negación absoluta o desprecio. La relación con la patria siempre será ambivalente, girando entre momentos de hastío y sensación de claustrofobia, y otros de nostalgia y embellecimiento, particularmente entre quienes están en el extranjero por largo período. El contraste evita el conformismo o ese desprecio a uno mismo —el masoquismo nacional— que, ejercido de manera sistemática, puede destruir a un país, o entregarlo a ilusionismos estériles, a los que somos propensos los latinoamericanos.

El mismo debate público, del que dependen nuestras instituciones, se alimenta de estos sentimientos hacia la patria, en apariencia contradictorios.

jfermandois@mercurio.cl

Si desea comentar esta columna, hágalo en el blog